EL GRAN INQUISIDOR

Desde hace unos cuantos días circula un rumor que hace palidecer á los funcionarios y que llena de inquietud el alma de los cortesanos, « Entre el procurador del Santo Sínodo y el zar, ha estallado un conflicto grave » -- esto es lo que se dice. Esto es lo que se comenta. Y esto, que para nosotros, ciudadanos de países libres, no tiene sentido ninguno, es lo que preocupa actualmente á la Rusia, burocrática, imperial y santa. El motivo del conflicto, según parece, es el proyecto de reformas. Para la autoridad eclesiástica, toda tentativa progresista es un crimen. Diez veces Nicolás II ha sometido los apuntes de sus ministros á Pobiedonostzeff, y diez veces ha oído los mismos amargos reproches, el mismo duro non posumus. Ante la voluntad del gran inquisidor, la voluntad del César es débil.



Para formarse una idea exacta del poder, del prestigio, del carácter de Constantino Pedrovich Pobiedonostzeff, es necesario evocar aquellas siniestras figuras de grandes inquisidores españoles de los tiempos de la locura religiosa. Es un Torquemada ortodoxo. Su fe, razonadora y cruel, no admite contradicciones. En su orgullo infinito, siéntese dueño de la única verdad verdadera y por hacerla triunfar lucha con todas las armas que la legislación moscovita pone en sus manos y que él, mejor que nadie, conoce. Porque este furioso defensor de la Iglesia no es un sacerdote sino un jurista. Su biógrafo oficial nos lo presenta como el más sabio de los hombres de ley. En el senado de Moscú, si hemos de creer á Muzet, dió tales muestras de sabiduría, que cuando, en 1861, se trató de hacer un código ruso, todos los jurisconsultos lo indicaron como único capaz de llevar á cabo tal obra. Entonces comenzó su fortuna.

« El zar — dice Muzet — le encargó de inculcar á su presunto heredero Nicolás Alexandrowitch los principios del derecho; Pobiedonostzeff, que vió en ese empleo una buena ocasión de influir directamente en la política de su país, aceptó con entusiasmo y comenzó á formar á su imagen el espíritu del joven príncipe. Murió éste en 1866, y Pobiedonostzeff reanudó su tarea con el nuevo zarevitch Alejandro Alexandrovitch, que reinó con el nombre de Alejandro III. » A su advenimiento al trono, el joven emperador continuó oyendo los consejos de su maestro con gran predilección. Poco después confióle también la educación de su hijo el zar actual. Así, pues, los dos últimos soberanos rusos son, en política, verdaderos hijos espirituales del ilustre jurisconsulto, de este hombre que ha

ejercido en la Rusia contemporánea una influencia tan inmensa. Se dice, sin embargo, que Nicolás II se ha libertado algo de esa tutela, pues sus instintos liberales concuerdan mal con ciertas pretensiones de su maestro. Mas éste no deja por eso de desempeñar altas funciones que le dan un poder casi ilimitado. Después del emperador, no existe en Rusia un personaje más poderoso.

En varias ocasiones quiso Alejandro III nombrarle ministro; Pobiedonostzeff siempre rehusó el honor. Se reservaba para otras funciones á que él se creía predestinado: para la presidencia del Santo Sínodo, es decir, para la más alta de las jurisdicciones. Y cuando en 1881 Alejandro III le concedió el tan ambicionado título, su satisfacción y su alegría fueron inmensas. Tomó posesión de su cargo con la convicción de que su misión es de origen divino. Su predecesor Protassof habíale mostrado el camino, organizando sin desfallecimientos la policía espiritual del imperio. Sin embargo, el celo de éste resultaba tibio comparado con el desplegado por el nuevo procurador general, cuyo sólo programa es : conservar intacta la religión ortodoxa, impedir á todo trance que el « rebaño de los buenos » se descarriara ante el ejemplo de los revoltosos y de los soberbios. « La presencia en el imperio de numerosos católicos y luteranos - dice Muzet al terminar su biografía - y los incesantes progresos del espíritu de secta, hacían difícil el cumplimiento de esa misión, cuya paternidad está fuera de toda duda. Poco

importaba esto al celoso procurador general, que no pensó nunca retroceder ante los obstáculos. Se le recrimina con sobrada razón por haber empleado la violencia. Y en efecto, Pobiedonostzeff, si no inventó las persecuciones contra los no ortodoxos, por lo menos las aumentó; y católicos romanos de Polonia, luteranos de las provincias bálticas, ortodoxos disidentes, panchkovistas y stundistas, todos, todos han sentido pesar sobre ellos la pesada mano del procurador general. »

A veces esta mano no es pesada: es hábil y recurre á expedientes novelescos para suprimir á los enemigos. El barón Sidadoff que conoce los misterios rusos á fondo, asegura que el veneno y el puñal son dos de las armas que con más frecuencia ha empleado el gran inquisidor para castigar á los enemigos de su iglesia. Por eso, en la corte misma, al pie del trono, se le teme como á un mago. Por eso tal vez el tímido emperador que no puede tener por él simpatía ninguna, soporta su siniestro despotismo.

203

Como los grandes inquisidores españoles, Pobiedonostzeff es un monstruo de orgullo y de crueldad. La historia de sus crímenes políticos es siniestra. Por centenares se cuentan los que, á causa suya, han ido á acabar sus vidas miserables en las minas de Siberia. Los obispos mismos tiemblan ante él y evocan, contemplándole, el

recuerdo de Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo y víctima de la inquisición. ¡ Pero qué digo! El zar mismo no oye jamás sin cierto temor su voz irritable de consejero bíblico, de áspero defensor, de despiadado guía! Cuando se habla de reformas liberales, él es el primero en presentarse en palacio y en decir á su soberano:

— ¡ No tienes derecho á renunciar á todo tu poder! Eres el brazo de la Iglesia. Si te debilitas, si te doblegas, Nuestro Señor Jesucristo te pedirá cuenta estricta de tu cobardía.

Su lenguaje tiene la rudeza peculiar á los profetas de Israel. El carbón ardiente de Isaías quema sus labios rencorosos. Las más remotas imágenes le sirven en sus pláticas teológicas. Su elocuencia está llena de llamas, de llagas, de plagas, de espadas. ¡Y nada de paliativos ni de hipocresías, nada de tratar de hacer creer que la Iglesia es una dulce madre! Cada vez que puede, repite las máximas célebres de Joseph de Maistre, según las cuales sólo las hogueras y los tormentos pueden mantener constantemente viva la fe. Su libro titulado Páginas Moscovitas, es una de las obras más características de la Rusia contemporánea. Yo no conozco sino extractos traducidos al francés, pero eso me basta. En ellos está la esencia de su doctrina política. « Hay personas — dice — que aseguran que Rusia está cansada del régimen autocrático. Son locos inmundos. Pero aunque tal cosa fuese cierta, ¡ qué Dios todopoderoso y todo misericordioso nos guarde del remedio, que se

nos ofrece y que es, en el fondo, la más horrible de las tiranías, la tiranía de la masa!

Europa entera está harta del régimen representativo. En todas partes los espíritus reflexivos protestan contra el despotismo de los parlamentos turbulentos. Francia, Austria, Italia v Alemania se encuentran incapacitadas de trazarse sus caminos políticos á causa de ese inútil mecanismo constitucional. Puede afirmarse que el abandono del régimen representativo es una de las cuestiones más importantes de la ciencia política, uno de los problemas fundamentales cuya solución se impone en este siglo. Y es sorprendente que algunos persistan en defender una doctrina pasada de moda, una superstición de los pedantes de hace cincuenta años. » Luego, sosteniendo que del parlamentarismo no saldrá sino el despotismo absoluto, dice:

"Una mayoría puede permitírselo todo. Lejos de seguir al parlamento, como lo aconseja la lógica parlamentaria, los ministros le son hostiles. En principio, es la mayoría la que debe dominar; en práctica son cinco ó seis jefes de partido los que gobiernany los que por turno se hacen dueños del poder."

Y naturalmente, concluye proclamando la supremacía del sistema ruso. Oid :

"Rusia ha gastado todo su principio vital en la fe ortodoxa; descartar de la Iglesia ortodoxa, todo aquello que pueda amenazar á su seguridad, es el sagrado deber que la historia ha legado á Rusia; este deber es la condición esencial de su existencia nacional. Rusia no puede admitir la libertad de propaganda de sectas que atacan á la unidad de la patria. »

23

Si, como hombre político Pobiedonostzeff proclama la necesidad de la autocracia, como teólogo combate las teorías de todos aquellos nobles filósofos del siglo xvin, que creyeron en la bondad del ser humano cuando no se ha pervertido en la lucha social. «¡Bondad! — exclama —¡mentira, mentira! » Y luego explica:

« La Sagrada Escritura, fuente de sabiduría y de verdad, nos demuestra una doctrina contraria.

Según ella, por el pecado de Adán todo hombre nace en pecado y sólo por el esfuerzo incesante y por la práctica de todas las virtudes puede lavarse de culpa. El dogma del pecado original domina la sociología y la política de los ortodoxos. » También reprueba á cuantos defienden la natural sabiduría del hombre. « Esos son — dice — dos errores conexos : desde que el hombre ha dejado de creer en Dios, se ha consagrado á creer en sí mismo con un fervor idólatra, y su razón la considera como una antorcha capaz de conducirle entre las tinieblas de la vida. » El procurador del Santo Sínodo ve en esa teoría una manifestación nueva del orgullo que domina á los hombres de nuestra « odiosa época ». A los liberales optimistas que se

figuran poder gobernar el mundo de un modo racional gracias á sus sistemas humanitarios, les grita: — ¡ Vade retro!... Porque á su modo de ver, toda idea humana que no se inspira humildemente en las doctrinas ortodoxas es una locura; y todo individuo que pretende pensar de un modo libre, sin someterse á los libros sagrados, es un criminal.

¿La consecuencia? Hela aquí :

« Todo poder — dice — emana de Dios, y el pueblo blasfema cuando se atribuye ese título de soberano que sólo pertenece al monarca consagrado. »

Y esto nos hace ver que en el santo imperio ruso la filosofía y la religión oficiales, todo lo que se propaga, tiene un único y verdadero objeto, á saber : la consolidación moral del trono autocrático. Por eso cuando algunos ingenuos aseguran que el zar desea, desde que subió al trono, libertarse de la tutela de Pobiedonostzeff, los que conocen bien el alma rusa, llena aún de arcanos asiáticos, se contentan con reir irónicamente.

78

Los partidarios del gran inquisidor ruso dicen que es bueno y que adora al pueblo tanto como aborrece la democracia. Puede ser. Pero el pueblo, en cambio, parece no corresponder á tanto cariño. Los fanáticos mismos, los ignorantes ortodoxos del fondo del imperio, los que consideran al zar como un hijo de Cristo y encienden velas ante su imagen, tienen por el procurador una adoración igual á la de los cartagineses por Baal. Lo reverencian temblando. Es una divinidad, sin duda, pero es la divinidad sanguinaria, que sólo recibe sacrificios, que sólo oye alaridos, que desconoce la ternura. Unos le llaman « el ojo irritado de Dios ». Otros : « La espada del cielo ».

Y las historias de sus crueldades alimentan en las largas noches de invierno la elocuencia popular de los narradores trágicos.

¿Qué de extraño tiene, pues, que los revolucionarios le hayan jurado un odio inmortal?

En todos los conciliábulos, lo primero que se pide es la cabeza del inquisidor. Pero no solo encontrarle, sino hasta verle es imposible. Muy anciano ya y muy medroso siempre, no sale sino rodeado de guardianes. Sus ayudantes son los que pagan por él.

Beguelopoff fué asesinado por haberle servido de instrumento en el ministerio de instrucción pública. «¡No pude matar al amo — exclamó Karpovitch ante el tribunal — y maté al criado!». El amo mismo ha visto en muchas ocasiones pasar la muerte cerca. La última vez fué cuando Nicolás Langovsky, hijo del consejero de Samara, le disparó á través de los cristales de su despacho tres tiros de revólver. El ejemplo de miedo y de espanto que el tirano dió en aquella circunstancia fué inverosímil. Durante varios días permaneció encerrado, temblando, sin querer recibir á nadie. Sus órdenes las daba por escrito. ¡Y qué órdenes! En

E. Gomez Carrillo

una semana centenares de estudiantes fueron presos y torturados. Todo el mundo le perecía cómplice de « ese asesino ». Y pensando quizá que un atentado contra Pobiedonostzeff no debe costar menos vidas que un crimen contra un inquisidor del siglo xv, hizo condenar no sólo á sufrustrado Esperaindeo, sino también á otros dos muchachos que no eran más culpables que aquellos pobres Vidal de Urazno y Juan de Abadía, que pagaron con sus cabezas la muerte del sombrío Espilo.

GAPÓN Y SUS AVENTURAS

— ¿Y Gapón?... ¿Se sabe algo?...

Es lo primero que se preguntan al encontrarse en la sala de lectura del hotel de France los corresponsales de los periódicos. Y como en los países en que los gobiernos matan toda libertad de información las ficciones llenan el espacio, aquí nos encontramos cada semana ante una nueva « verdadera historia » del famoso pope.

 Gapón está en un convento de las inmediaciones de Moscú — nos aseguraban ayer.

Hoy nos dicen al oído:

- Gapón está en Ginebra, organizando una revolución.

Los periodistas ingleses son los que más interés prestan al asunto, habiendo entre ellos cuatro ó cinco que no han sido enviados sino para tratar de averiguar el paradero del reverendo agitador.

— Los diez mil rublos que el gobierno ruso ofrece al que lo encuentre — decíame anoche mi amigo Coulander, del *Daily Chronicle* — no son nada, si se comparan con lo que daría *The Times* por una entrevista suya.

Por mi parte, debo confesar que el asunto me interesa relativamente poco. La figura de Gapón,